

Cuentos

LOS RELATOS DE LA MILAGROSA

LUIS FERNANDO MACÍAS

EL BUEN VIAJE DEL DIÁLOGO EN SILENCIO

No se fueron mis muertos a las islas del olvido porque sus espíritus entraron en la región de la compañía sin fin de mi espíritu.

Mi padre, Rafael, de setenta años, me persigue todavía por el techo de la casa, para castigarme por una culpa que ya no recuerdo.

Mi hermano, Rafael, de quince años, está sentado frente a la mesa del comedor, a mi lado, y hacemos juntos un concierto de cucharas para que nos sirvan rápido el almuerzo.

Mi madre, Mercedes, de cincuenta años, viene caminando por la calle con la canasta de pan colgada de su brazo fuerte, y el perro la sigue, haciendo círculos en torno a ella y a los arbustos del frente de las casas.

Ellos están conmigo todo el tiempo. Me hablan desde el silencio y en esa fuente recojo la guía de mis actos:

De mi padre, un saber antiguo que lleva el sello de la comprensión; de mi hermano, un callado respeto por las leyes de la vida y de mi madre, un amor sin límites, a la divinidad vencido.

No se apagan nuestros muertos en la nada, tal vez con ellos empezamos nosotros el buen viaje del diálogo en silencio.

EN COMPAÑÍA DE LOS VIAJEROS FINALES

El tío Toño trabajaba como hornero de la panadería cuando lo conocí. Yo venía en el viaje del nacimiento hacia la vida y la conciencia de la vida; por eso no puedo precisar el momento y, más bien, tengo la sensación de que lo conozco desde siempre. Trabajaba con la mano derecha y el pulido muñón del antebrazo izquierdo: apoyaba el antebrazo en el brazo de la pala y con la mano, ya empujaba las latas de pan a la nave interior del horno, ya las extraía humeantes y olorosas. Era un hombre pequeño

de piel morena y sombrero de fieltro, bajo el cual rebrillaba su rostro huesudo, iluminado por la llama palpitante; había perdido la mano izquierda en un molino de caña desde su niñez y después de una peregrinación por los pueblos y ciudades del país, por los oficios humildes y por la adolescencia, el matrimonio, la paternidad y el abandono, había terminado en el horno de la panadería, acalorando su silencio y su serena introspección. Mientras el tío horneaba, me daba a la tarea de auscultarlo con mi mirada y mis preguntas. No recuerdo las preguntas, entreveo las historias y las imágenes de las historias. Había tenido una esposa, a quien, por su forma de referirse a ella, yo sentía que nunca había amado de verdad, pero con quien había tenido una hija, cuyo anhelo era la causa de que en su mirada se dibujara una tristeza profunda y contenida. En el álbum de la familia pude verla con las manos extendidas, sosteniendo los bordes de una falda plegada como un abanico; a la sombra de un sauce, su mirada de dieciocho años se perdía en las mangas de Medellín, tal vez imaginando la ciudad lejana donde transcurriría su vida en la madurez, mientras el tío la recordaba al calor de la tarde y del horno.

Cuando el tío abandonó la panadería para retornar al campo, al trozo de finca que había heredado desde los años remotos de su juventud, fue reemplazado por Octavio, el primo que jugaba con el cuchillo de cortar la masa, mientras los pandequesos se doraban bajo el fuego más alto e iban inundando el aire con ese olor que acariciaba los pulmones.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que regresara, pero una tarde volvió, decrepito ya, y agobiado por el cáncer. Mi madre le arregló una cama en una de las piezas de arriba, junto al hueco que servía de ventana, en el rincón, frente a la puerta. El tío subió, se cambió sus ropas de campo por una pijama, destendió las sábanas, me entregó el sombrero de fieltro (apareció su testa pelada detrás de la frente llena de arrugas) y se acostó. Me senté en el borde de la cama a escuchar su conversación. Tenía una voz cansada y en su relato mezclaba sueños y deseos con asuntos del pasado, con anhelos y fantasías antiguas como si todo le hubiera sucedido. Por la profunda comunicación que se fue tramando entre los dos y por el amor infinito que yo sentía en su mirada, supongo que él sabía que esa habitación oscura era su morada última y la mía su última compañía.

Mientras abajo, en el primer piso, la vida de la panadería los mantenía ocupados a todos, a los de la casa y a quienes entraban en ella, despertando un bullicio vigoroso y desbocado, en el rostro del tío se iban operando cambios que yo percibía casi sin comprender: los ojos se iban hundiendo en las cuencas; la piel se iba pegando a los huesos, arrugándose, palideciendo; la respiración se iba haciendo más lenta; el aura de su cuerpo se tornaba opaca. Era como si a cada minuto estuviera más lejos, más solo. Ahora imagino la sensación de mi recuerdo como si me encontrara, en ese momento, en la puerta de un laberinto, donde sólo podía entrar el tío Toño, mientras yo lo observaba irse. Mi madre subía cada cierto tiempo con una taza de café y una pastilla, o con un plato de sopa para darle.

—A ver, Antonio, déjeme sentarlo para que se tome esta sopita. Abra la boca, mijo, yo se la voy dando despacio.

En el tono de su voz había mucha ternura para el tío, y una tranquila aceptación de la muerte, tan profunda, que a mí se me borraban los temores de su cercanía.

Afuera me dijo:

—Tal vez mañana se muere. Mejor, ya es hora de que descanse, está sufriendo mucho.

Sin embargo, yo sabía que él estaba tranquilo y feliz, preparando un viaje. Cuando volví al borde de su cama, me miró sostenido, tanto que la luz de sus ojos tocó mis huesos, y me dijo:

—Me voy para El Carmen. Mañana o pasado mañana me levanto y me voy. Quiero sembrar un maicito para que su mamá nos haga arepas de chócolo.

Al día siguiente, en el momento en que mi madre lo cargaba para que descansara de la cama, partió, así como me lo había prometido.

Años después yo era un adolescente que quería experimentarlo todo y veía en el trabajo de la panadería al enemigo que me impedía vivir, vivir. No obstante me las arreglaba para, además de realizar mi trabajo obligatorio, andar por las calles hasta altas horas de la noche, contemplando, ávido, la vida del barrio bajo el manto de sombra. Recuerdo una noche, había cumplido apenas quince años; he olvidado de dónde venía; eran tal vez más de las doce; abrí la puerta y entré en el silencio dormido de la casa. Mientras cerraba de nuevo, sentí una presencia triste, envuelta en la oscuridad a mis espaldas; estaba allí el olor a tabaco de mi padre; me di vuelta y era él, vi su escaso pelo blanco desgredado, vi su rostro plano de inmensa papada, vi la silueta de su larga nariz y sentí que su presencia le infundía al aire una tristeza más allá de toda posible comprensión. “Se va a morir”, pensé, y continué con el ritual de acostarme. Más tarde, desde la cama, mi oído descendía por las escaleras en penumbra y recorría el patio para entrar en la sala y sentirlo allí con los codos recostados contra el mostrador y el tabaco, apagado ya, entre los dedos. Mientras me envolvía en las cobijas y cerraba los ojos, alguna fuerza me obligaba a continuar en la venta junto a él, siguiendo el ritmo de su respiración asmática y buscando en su mirada lejana, perdida, la respuesta a una pregunta que todavía no sabía formularme con claridad: “¿qué voy a ser cuando él se muera, cuando ya no vea por mí?”.

Desde esa noche, todas las noches me dormía tejiendo los mismos pensamientos, mientras con el oído recorría la casa en busca de su agonía. Nací cuando mi padre ya era un hombre viejo y nuestra comunicación siempre fue secreta, en gestos, en actos, en actitudes y silencios, pero no en palabras. Los viejos comprenden las limitaciones de las palabras y las usan lo menos posible. En mis entradas a altas horas de la noche y en su silencio de insomne había un diálogo tan profundo que su significación consciente sólo podré conocerla paso a paso en la vida, y tal vez, cuando llegue el momento de enfrentar mi propia muerte, podré decir que la he descifrado.

Cada día, cada noche, mi padre estaba más cerca de esa plenitud que llamamos muerte. Una mañana de julio, sábado, se levantó y sus pasos llevaron las arrastraderas hasta el baño en un traslado lento, como quien sobrelleva un peso muy superior a sus fuerzas; eran sus pasos los de Prometeo. Recuerdo mucho su mirada: por última vez entró al trabajadero, sin detenerse a contemplar el fulgor de la llama en el horno, para él tan ajena, tan lejana ya; por última vez sus manos viejas soltaron el baño, su pelo blanco brilló en el ámbito de la cocina, sus pies recorrieron la casa hasta la pieza, hasta la cama donde, por última vez, sus ojos nos miraron mientras se acostaba para entregarse al abrazo de la muerte, sin que supiéramos entonces que ésa era nuestra muerte, nuestro viaje por las islas bienaventuradas.

Cuatro años más tarde acompañé a mi madre al cementerio San Pedro y, mientras contemplaba el acto de exhumación de los restos, empecé a comprender —de un modo secreto— que no somos un individuo sino una cadena, un ser perdurable que nace y muere constantemente. Mi padre seguía vivo en mí y yo había muerto en él. Desde el origen comenzamos a morir, la muerte es periódica como la vida, la vigilia y el sueño.

Rafael era un muchacho rosado, fuerte, de mirada azul. Tenía veintiún años cuando regresó de Coveñas, de un paseo de vacaciones con sus cuñados, los hermanos de Pastora, su novia, su compañera para iniciar el viaje final. Estábamos tan ocupados en la preparación del pan para ganarnos entre todos el sustento de todos, que no advertimos cuando lo sorprendió el amanecer en el baño, tratando de soportar el terrible dolor de estómago que lo doblaba sobre sí mismo, ni la siguiente noche en vela, ni la otra, ni las demás. Apenas nos inquietó su consulta médica, porque era tal vez la primera vez en su vida que se veía obligado a ella. "Amebas", dictaminó el doctor y vino el tratamiento contra las amebas. Sin embargo, no había ninguna mejora con el paso de los días. Otro médico, otro tratamiento, otro fracaso. Empezamos a ver las marcas del dolor en su rostro, la palidez, la pérdida de peso. Lo vimos entrar al baño cada cinco minutos durante las horas del día y durante las horas de la noche. Escuchamos la receta de doña Rosa contra las amibas, la receta de doña Cristina contra los parásitos intestinales. Aguardiente con limón en ayunas, cápsulas de veterina, medicamentos oficiales de los especialistas... Su ser se fue tornando dócil, su mirada fue ganando paz a pesar de la tristeza. Secretamente fuimos comprendiendo su verdadero mal.

Hacer con alguien el viaje final permite tocar la suavidad del ser, comprender el valor de la vida en la humildad de su esencia. Dos años después, los médicos entendieron la realidad del destino en él, e impotentes, se enfrentaron a una causa perdida para que todos en silencio lo aceptáramos y nos preparáramos en armonía para acompañarlo, de la mano, hasta la puerta de salida que es al mismo tiempo la puerta de entrada al viaje solitario por las regiones plácidas.

Recuerdo su serena concentración alrededor de la mesa de billar en que jugábamos, en compañía de los primos. Para nosotros, el recto viaje de la bola sobre el paño significaba un pequeño placer, una armonía tal vez; para él —creo— era la concatenación maravillosa de los efectos y de las causas en la plenitud del suceso elemental, algo así como un ritual sagrado que confiere a los hechos nimios el valor de lo irrepetible. Esa concepción hacía que el billar fuera un acto total, un espacio para construir la hermandad de la existencia, y todos, en una comprensión más allá de las palabras, buscábamos la perfección del efecto sobre la bola, la manera de encontrar el golpe exacto, el que fuera digno de la responsabilidad sacra que lo engendraba y, del mismo modo, la carambola, la combinación de jugadas que conducen al rey enemigo al mate, el intercambio de cartas que construyen el juego vencedor, nos enseñaron la dignidad, la humildad de la vida en su más inocente palpito.

1989

UNA HISTORIA

Fui feliz en una calle de La Milagrosa, sintiendo crecer a mis hijos, desde el imperfecto placer en el lecho hasta el furor de sus adolescencias solitarias.

Sin comprender los infinitos senderos que tejen el infierno personal de cada hombre, pasé mi juventud amasando arepas todas las mañanas, envuelta por el sonido de las voces del radio y los olores sucesivos del café, la aguapanela, el chocolate, el guiso de tomate y cebolla, el arroz, la carne frita y los frijoles.

Mi marido trabajaba como repartidor de gaseosas y una noche de invierno el camión se apartó de la vía en la carretera al mar, cerca de Cañasgordas. El mayor de mis hijos tenía entonces ocho años, y dos el menor. El fin de un camino es el comienzo de otro. Para una mujer de treinta años con cinco hijos, sin trabajo, el destino debe deparar una solución sin pérdida de tiempo. Coincidió con la muerte de mi esposo, otra: mi amiga, mi vigorosa vecina, resbaló junto al fogón y la leche hirviendo bañó su estómago, precipitando el parto y el fin.

Acaso sin saberlo, en el instante en que acudí al ataúd para contemplar su rostro por última vez y ver el cuerpo de la criatura cuyo corazón la muerte apartó de un vientre para tenderlo a unos pies, comprendí que el amor entre nosotras no era obra de la casualidad.

No es extraño que dos familias, separadas por la pared que divide sus casas, compartan la alegría y el dolor que cada instante se mezclan haciendo la vida, ni que faltando el padre en una y la madre en la otra, un matrimonio y una puerta (abierta en el tabique) acaben por unir en lo físico, los espíritus unidos por la desgracia. Y ya no tuve una familia de cinco hijos sino de once y el esposo de mi amiga fue mi esposo.

Si hay personas que se interesan por historias como ésta, quiero que se pregunten, por un instante cuando menos, lo que yo me pregunté durante los últimos doce años de mi vida, desde la inquietud de un embarazo tardío hasta la agonía y la muerte: ¿el azar, amiga, me hizo para ocupar el reino por tu vida levantado? ¿Qué conocimiento secreto de mi destino me llevó a conquistar tu afecto?

Viendo crecer a mi hija, me pregunté en qué instante se ordenaron los senderos cuya unión iniciaba el suyo, y supe que no importaba ninguna pregunta porque cada historia es de algún modo igual a las demás y ninguna vida tiene diferencia con las otras. Comprendí que en verdad nada importa.

1983

EL ROEDOR INFINITO

Se levantó, caminó hasta la cocina, puso a hervir la olla de aguapanela, preparó la cafetera y también la llevó al fogón. Después salió al patio:

—¿Cómo amanecieron mis niños? —preguntó a las doce parejas de canarios, mientras destapaba sus jaulas.

Los canarios saltaron de un lado a otro por entre los manojos verdes de mostaza y, con su vuelo, levantaron pelusas de cáscara de alpiste.

—¡Tan lindos, mis monecos! —les dijo.

Subió por la escalera, sacó la coca de agua y la lata del piso de la jaula (cerraba, bajaba, iba hasta la poceta y volvía a subir. “¡Mis monos preciosos!”, les decía).

Lavó las latas, cambió el agua y la mostaza; llenó los comederos de alpiste; tocó con las yemas de los dedos los buches de las canarias que estaban empollando y volvió a la cocina.

Se tomó una taza de café con leche, apagó la olla de la aguapanela, recogió la costura y se sentó a tejer tras la ventana de rejas negras, mirando hacia la calle.

Desde allí, vio subir a los alumnos de la Escuela Boyacá y a las muchachas de uniforme rojo del Colegio Eucarístico de La Milagrosa; vio pasar los buses por la calle cuarenta y cinco hacia abajo; vio salir el sol por detrás del Pandeazúcar, mientras escuchaba los movimientos de Celia, su hermana, la dueña de casa, y oía su cantinela en monólogo durante la labor doméstica.

Al mediodía, puso la costura a un lado y caminó hacia el fondo de la casa.

—¡Cómo cantan, mis monecos! —dijo al pasar por el patio.

Entró a la cocina, se tomó una taza de tinto frío y, de regreso, arrancó unas hojas secas a las bifloras.

Después del almuerzo, en la tarde, bordando, vio subir el reflejo del sol por la pared de la casa de enfrente, y vio su desaparición más arriba del techo, hasta sentir cómo, esa misma pared, se metía en la oscuridad del aire y se hacía luz de nuevo a las seis y cuarto, tras el encendido rutinario de la iluminación de la ciudad, justo al volver a la ventana, después de cubrir las jaulas con toallas bajo el estribillo de: “¡Duerman bien, monecos. El cielo los despierte vivos!”.

Cuando se retiró a comer, ya había visto las decenas de personas que pasaron durante el día, de un lado a otro de la ventana, y había respondido a algunos saludos con un simple movimiento de la cabeza, y había sentido cada uno de los ruidos suscitados: voces, carros, murmullos o gritos, y habían llegado hasta su olfato aromas de café, olores de gentes, y habían caído en su rostro miradas de toda índole.

Pasó el verano,

vino el invierno.

Con ese movimiento imperceptible que la armonía del tiempo infunde a las cosas, creció (de este lado) aquello que habría de crecer; lo que habría de llegar a su fin, llegó; y nació lo que nacería.

Llegó la peste, trajo la muerte, volvió la vida, vinieron hambres, pasaron guerras, revoluciones, se hicieron fiestas, crearon armas, lanzaron bombas, volvió la muerte, retornó la vida, nacieron hombres, pasaron vientos, murieron pueblos, pero el ratón seguía siempre metido dentro del queso.

El pelo se hizo blanco y escaso; la piel ajada, reblandecida; los movimientos, excepto los del bordado, se volvieron lentos.

Despertó en la misma cama. Caminó hacia la cocina con pasos pesados y, al pasar por el patio, les dijo:

—¡Ah... mis monecos!

Las jaulas estaban vacías, mohosas.

Se tomó una taza de café con leche y volvió al bordado en la ventana.

Vio salir el sol radiante, vio subir a los alumnos de La Boyacá y a las muchachas del Colegio Eucarístico, que son los mismos niños entre siete y doce años, las mismas adolescentes tomadas de gancho, con otros rostros, otros uniformes.

1981

GUERRERO Y LA FAUNA DE LAS NUBES

En las mañanas de verano, el azul del cielo es tan limpio que, estoy seguro, ninguna obra pictórica podría alcanzar su textura o producir esa sensación de que un cuerpo se podría hundir en él sin llegar jamás al azul, porque éste es la suma de la transparencia infinita, de la claridad más honda; un color que no existe y, sin embargo, crea llanuras en el cielo, donde cabalgan —suspendidos— elefantes sin trompa o sin colmillos, hipopótamos, ballenas descomunales o aves maravillosas, todos blanquísimos, del blanco más blanco, abrigado por el sol.

A menudo, en las vacaciones de julio, lo primero que hacía al salir a la calle en las mañanas era recostarme en la acera de la casa, mirando al cielo, para reconocer la fauna de las nubes e imaginar historias, mientras el viento, con su mano suave, iba cambiando las formas de mis protagonistas. Recuerdo que un ejército de ratones inmensos perseguía a un pequeño cordero que estaba a punto de perder la cabeza para convertirse en mero copo de nube, cuando sentí la voz de Guerrero detrás de mí:

—Panadero, vení vamos. Amaneció muerta. Vamos a ver.

El tono de su voz tenía algo de invitación, de orden y de súplica. Tal vez por eso me paré de inmediato y empezamos a bajar por la empinada calle.

La inocencia de Guerrero, aunque no sé si pueda llamarse así a esa manera de ser puramente, ajustando el ser a la armonía del universo, se me reveló en el momento en que entramos en la casa. La baldosa, blanca de manchas negras, reflejaba los múltiples pies que entraban ansiosos, llenos de curiosidad, mientras nosotros caminábamos bajo la andanada de comentarios y murmuraciones.

Una voz y un dedo señalaron el vaso que había en el noyero, otras voces lanzaron sus veredictos en forma de interrogaciones o comentarios:

“Quién sabe qué fue lo que tomó en ese vaso para morirse así, en la cama, callada, durante la noche.”

“¿Por qué habría de suicidarse una mujer tan joven?”

“¿Por qué, si lo tenía todo y además era tan bonita?”

“Tiene que haber sido cianuro.”

“Más bien creo que fue matarratas Guayaquil.”

“Eh, de pronto fue la sobredosis de alguna droga mala...”

Guerrero escuchaba con un grado de atención casi mística, como quien da crédito a todas las especulaciones, aun siendo contradictorias. Mi mirada pasó del vaso, en el nochero, a sus ojos atónitos y, de ahí, a la cama, donde yacía el cuerpo, cubierto por una colcha, blanquísima como las nubes de mi contemplación. El rostro de líneas perfectas tenía una actitud plácida bajo los ojos cerrados, bajo la piel canela. Muchas veces he tratado de reproducir la imagen de ese rostro en mi mente, pero no lo he podido conseguir. Poco a poco me he ido resignando a perderlo para siempre; sólo sé que había una paz infinita en su expresión y que mi espíritu ha contemplado tal belleza, de cerca, unas cuantas veces no más.

A mi lado, Guerrero seguía atónito. Supongo que su espíritu elemental comenzaba a hacerse preguntas sobre la muerte. Los seres como él, que obedecen al llamado de los instintos, sin dellamado de los instintos, sin dencipios esenciales que rigen cada acto humano, se asombran frente a la muerte y, sobresaltados, reverencian el misterio con temor religioso y ciega fe. Para mí, por ese tiempo, la muerte era una hermana de la vida, con quien empezaba a convivir bajo formas diversas, en medio de un temor y una indiferencia que sobrepasaban mis capacidades de comprensión y que, aún hoy, se robustecen ante la pugna de las preguntas sucesivas que sólo conducen al vacío. Mi percepción fundamental allí fue la belleza, la placidez de ese rostro, olvidado hoy, pero invocado una y otra vez por la memoria hasta el ejercicio de su escritura. La placidez y la belleza, no la muerte.

No sé por qué Guerrero y yo éramos tan amigos. Cada vez que indago en la memoria momentos relacionados con algún tema específico, aparece su figura de narices chatas y anchas fosas. Así, al tratar de referir ahora una idea sobre el suicidio, encuentro que caminamos juntos por la falda de la veintinueve hacia arriba, una mañana fría, después del amanecer: Llovió y ahora las calles empiezan a secarse; la humedad dibuja extrañas figuras en el suelo, siluetas de seres atormentados, monstruos de pesadilla delineados por el agua sobre el pavimento; las hojas de hierba sudan gotas de relente; cantan pájaros desde los balcones y la mañana huele a fresco.

—No vamos a la escuela hoy. Vámonos para la manga —le digo a Guerrero.

—Listo. Vamos.

La manga de los Niñaú, hombres rudos y rubios, habitantes del campo en la ciudad. La manga para elevar cometas, para jugar fútbol, para hacer paseos, para volarse de la escuela y pescar en la quebrada. Húmeda la hierba, pero no cayó un aguacero, porque nada está emparamado, sólo húmedo.

—¿Vamos a pescar, o qué?

—No, caminemos por ahí.

Algo me dice, hoy, que esa mañana mi sensibilidad me conducía por donde yo mismo no sabía para qué. Ese año, Guerrero estaba repitiendo primero de primaria y yo ya estaba en tercero; mi profesor era un muchacho joven de cara menuda a quien yo mantenía presente cuando no iba a clase, y me pasaba el tiempo imaginando su cuerpo pequeño en el ámbito del salón, mientras explicaba algo, tirándose el copete hacia atrás cada momento.

Habíamos vagado un rato por ahí —ya la humedad había empapado mis medias dentro de los zapatos; Guerrero andaba descalzo—, cuando descubrimos un extraño objeto, colgado de un árbol, al fondo, más arriba de la casa de los Niñau.

—¡Mirá qué cosa tan rara. Vamos!

Y fuimos.

No era un objeto extraño, era un cuerpo, el cuerpo de un hombre.

—¡Es el sacristán de la iglesia! —gritó Guerrero—, ¡se ahorcó!

Yo no dije nada, miré la piel morada, renegrida como las siluetas de pesadilla de las calles. No sé qué sintió Guerrero, ni siquiera tuve tiempo de pensarlo. Sentí pánico, terror. Algo me duele por dentro cada vez que recuerdo esa imagen. No sé cómo me di vuelta de inmediato y corrí, corrí, corrí...

Cuando llegué a la manzana de casas del barrio, pude comprobar que Guerrero también había corrido a mi lado y, más tarde, cuando ya todo el mundo se había dado cuenta, supe que Guerrero había vuelto a mostrarles a otros el cadáver y que a él las autoridades le habían hecho un interrogatorio. A mí, ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de volver. Esa mañana, en la expresión aterrada del sacristán, había comprendido el horror y la desarmonía.

Ahora me pregunto por qué a las dos caras opuestas del mismo fenómeno está asociada la figura de Guerrero, el hombre elemental, y, una y otra vez, lo recuerdo mudo ante la belleza y alegre, jovial, protagonista él, al referir el episodio de su descubrimiento del sacristán: feliz y puro ante el horror.

1989

PAJARITO

No sé por qué lo llamábamos así. Hace veintidós años ya era un hombre viejo. Debo reconocer que la verdad sobre su vida continúa siendo un misterio para mí, aunque es cierto que durante todo este tiempo no he dejado de reflexionar acerca de su caso. Tampoco conozco su nombre verdadero, pero he llegado a la conclusión de que no tiene ninguna importancia, ya que su apodo es lo único que lo describe perfectamente: su estatura es de uno con cincuenta y su peso no debe pasar de los cuarenta kilos; es un hombre menudo en extremo, como un Pajarito. Los pocos músculos de su cuerpo siempre se han visto duros bajo su piel morena, cierta dureza interior que produce un ligero destello en el aire que lo rodea y lo hace ver fuerte, inamovible. La expresión de sus ojos vacíos no obedece al calificativo de enigmática porque se acerca más a la crueldad fría que al misterio. Su pelo crespo, escaso, siempre ha permanecido erizado, dejando ver el cráneo como una coca brillante. Entrar en el ámbito de su presencia, hoy, produce una sensación de desasosiego semejante a la impaciencia que nos acosa cuando alguien está a punto de confesarnos algo pero se ve impedido por un repentino pudor. Hace veintidós años esa misma presencia nos producía terror. En mi caso, el terror se veía acompañado de una necesidad magnética de ir repetidamente hasta su ventana, colgarme de la reja, mirar las vitrinas corroídas, casi exentas de surtido; mirar a su mujer robusta, morena, de gafas, sentada detrás de las vitrinas; mirar el fondo oscuro y lúgubre de la casa que, a pesar de estar ellos ahí, parecía deshabitada; sentir el olor a cosa muerta que salía por esa ventana y soportar el pánico que me producía su mirada cuando se acercaba con el pedazo de coco y la velita dulce. Mi nombre es Ómar, nací en el año de gracia de 1955 y pertenecí a la barra de la esquina de la carnicería; entre todos fui y soy el único interesado en resolver el misterio de Pajarito, oscuro todavía.

2

—Pajarito es un chupasangre.

—Vos por qué decís eso, vos qué vas a saber.

—¿A saber? Yo sé. Él es uno.

—No, no inventés chismes.

—No crea, pues. A mí qué me importa si no quiere creer.

Eso me lo dijo Coky una noche de octubre. Había caído un aguacero tan fuerte que hasta la luz se había ido. Estábamos haciendo represas con barro en el caño de la acera de la panadería. Los dos estábamos emparamados, tiritando de frío y él me dijo eso cuando yo le confesé que Pajarito me daba miedo. No puedo negar ahora que esas palabras me impresionaron en extremo. Durante muchos años quise negármelo a mí mismo, pero ahora debo ser sincero hasta el fondo; de nada me sirve inventarme alguna excusa para eludir la realidad. A raíz de esa tarde nació en mí un sueño que se repite

insistentemente, causándome terribles noches de espanto. En el sueño yo *soy un niño de cinco o seis años, estoy dormido en una gruta solitaria junto a un extenso bosque de pinos, donde hay una hoguera que entibia el aire. Lentamente abro mis ojos y empiezo a sentir el eco de una gotera que cae allá en el fondo, produciendo una resonancia periódica y constante. En ese momento las llamas proyectan una sombra en la pared. Reconozco el escaso cabello crespo y la frente amplia y vertical proyectados. No me queda ninguna duda de que es él. Me llevo las manos a las venas del cuello y siento allí el precipitado latir de mi corazón. La sombra se inclina, yo estoy paralizado y sufro, sufro...* En ese momento despierto en medio de un grito de horror, tengo que sentarme en la cama y decirme a mí mismo que sólo es un sueño y nada más. Ahora me es fácil calmarme, pero de niño solía llorar todo el día sin atreverme a confesar mi sueño.

3

¿Qué extraño poder condujo mi destino para que naciera en La Milagrosa, justo a una cuadra de la casa de Pajarito?

4

—Panadero, ¿vamos a comprar manzanitas?

—No tengo plata.

—Yo tengo. Mi mamá me dio diez centavos y los guardé para la salida.

—Venga pues.

Veníamos de la escuela al mediodía. El Panadero siempre salía solo. Algunas veces yo lo alcanzaba y trataba de hablarle; él se limitaba a contestarme y seguía caminando. Creo que nunca llegué a preocuparme porque fuera tan callado; a su lado sentía una extraña seguridad. Tal vez por eso lo elegí en la mañana para que me acompañara a la salida. Ese día, desde que me levanté sentí que tenía que ir donde Pajarito con alguna disculpa. Bajamos. No nos habíamos dicho nada hasta el momento de tener su casa enfrente nuestro.

—¡Qué casa tan estrecha y tan fría! —dijo el Panadero, mirando la fachada.

Tenía razón. Muchos años después me tomé el trabajo de ir con un metro para conocer las dimensiones exactas del frente: tres metros y veinte centímetros. La puerta gris de dos alas mide noventa y siete punto dos de ancha; entre la puerta y la ventana hay un espacio de setenta centímetros; la ventana mide un metro y cinco y después de la ventana hay un espacio de treinta; antes de la puerta, a la izquierda, hay una franja de diecisiete punto ocho. El frente de la casa es de color gris, la ventana

está sin pintar. Hace tal vez veintiocho o veintiséis años vi la casa por primera vez y en todo este tiempo no ha sido pintada nunca.

Cuando llegamos a la ventana, Pajarito nos miraba ceñudo. Los pelos de sus cejas eran largos y canosos (ahora lo son más). Sentí un vacío en el estómago al decir:

—Cuatro manzanitas de las de dos por cinco.

No podía soportar sus ojos. Para mí era como si su mirada adquiriera fuerza corporal y, posándose sobre mi cabeza, me oprimiera contra el suelo. Panadero, a mi lado, miraba hacia el fondo de la casa, la oscuridad y un rayo de luz contra el patio de la izquierda, que era lo único que se podía ver detrás de la mujer, detrás de los frascos con algunas baratijas de dulce. Pajarito caminó hacia el mostrador, tomó un pedazo de papel de envolver; abrió un frasco, sacó las cuatro manzanitas, las puso en el papel y vino hasta nosotros. Yo se las recibí y le pagué. Después le di dos manzanitas a Panadero y nos vinimos comiendo.

—Esa señora está muerta ahí sentada —me dijo Panadero cuando nos habíamos alejado unos metros.

—¡Qué va! —le respondí.

—Yo la vi. Está sentada ahí, pero está muerta.

—¡Devolvámonos a ver!

Nos devolvimos.

—¡Oiga! ¿de cuánto era la moneda que le di? —le pregunté al llegar.

—De diez —respondió Pajarito. Su voz era muy delgada. Era voz de hombre, pero delgada. Ni suave ni chillona, sólo delgada. Le venía desde adentro y al hablar se le inflaban las venas del cuello. Le costaba trabajo hablar; tal vez por eso casi nunca decía nada.

Nos fuimos.

—¿La viste? —me preguntó Panadero.

—¡Claro!, está dormida.

—Sí, pero ahora estaba muerta. No respiraba ni nada.

—¡Qué va, no inventés bobadas!

—¿Bobadas? ¿Usted no sintió el olor a muerto que viene desde el fondo de esa casa?

Efectivamente yo había sentido el olor a siempreviva, mezclado con perfume y formol. Aunque he pensado mucho en ello desde entonces, no he podido comprender lo que sucedió en ese instante. Si alguien me contara una historia como esa, no la creería; no tanto por la historia en sí, sino por lo que sucedió al día siguiente: mi madre llegaba todas las mañanas con las noticias del barrio y los chismes de la carnicería. Ese día venía diciendo:

—¡Se murió la mujer de Pajarito!

Era sábado porque no teníamos que ir a la escuela y yo estaba todavía acostado. Me puse a temblar bajo la cobija porque me dio escalofrío y los dientes me castañeaban, sin que pudiera evitarlo, ni poniéndome la mano en el mentón.

No quise decir nada, y nunca se lo conté tampoco a nadie porque yo, desde pequeño, soy de los que se guardan todo.

Después del desayuno me fui para la cuadra de la casa de Pajarito y empecé a mirar desde la acera de enfrente. Me dio miedo ver a la señora en el ataúd y me dio miedo acercarme a la casa. No sé cuánto tiempo estuve mirando esa casa. Leí más de veinte veces el cartel de la funeraria y, extrañamente, nunca pude recordar ninguno de los nombres escritos allí; recuerdo tal vez una Z entre las letras. Desde donde me ubiqué podía ver hacia adentro a través de la puerta; Pajarito estaba en una silla junto al ataúd. De ahí no se paró en toda la mañana. Al velorio sólo entraban las ancianas, nadie más. Ellas se encargaban de rezar un rosario detrás de otro en todos los velorios. A las ancianas de La Milagrosa no les importa quién es el muerto para rezarlo; ellas saben que su deber es invocar a las almas del purgatorio y en ello ponen todo su fervor, su ciega fiebre.

Al entierro, esa misma tarde, sólo fueron el carro mortuorio y dos taxis. Es el entierro más pobre que yo haya visto en toda mi vida. No vino nadie de fuera del barrio y ahí fue cuando nos dimos cuenta de que Pajarito no tenía ni familiares, ni amigos.

5

—¿Saben una cosa! —dijo Coky.

—¿Qué? —preguntó Panadero.

Estábamos jugando láminas de ciclistas al turrón, los tres. Ya se había acabado la vuelta a Colombia que Javier Suárez le ganó a Cochise en la última etapa y Panadero, el más hincha de Cochise, repetía todo el tiempo que muy bueno porque ésa era la única manera de que “El Ñato” se ganara una vuelta que además merecía.

Cuando jugábamos los tres, ellos dos hablaban y yo escuchaba, tal vez con mayor atención que ellos mismos; por eso ahora yo recuerdo y ellos no, seguramente.

—La mujer de Pajarito no se murió —respondió Coky.

—¿Cómo!

Ante la frase, imaginé a la mujer viva, pero el sentido no era ése. En mis largas meditaciones posteriores, reviví muchas veces ese instante y llegué incluso a divertirme con un juego de significados que se desprende de allí: tres días antes, cuando la mujer vivía, Panadero juró que estaba muerta y, en ese momento, cuando estaba muerta, Coky afirmaba que no había muerto. Para mi mente, yo era el

testigo de un hecho macabro, uno de esos signos naturales que la vida deja sueltos a la libre interpretación de los hombres. Sin embargo, no eran más que especulaciones baldías, puesto que Coky estaba diciendo algo muy distinto.

—Pero si nosotros vimos el entierro.

—Por eso, no se murió sola, la mataron.

—¿Quién lo dijo?

—La mataron.

—Cuidado con esos chismes porque esos sí son peligrosos.

—El que no quiera que no crea.

—Entonces ¿quién la mató, pues?

—Quién iba a ser. Eso se sabe.

—Y ¿con qué?

—Con veneno, pero no cualquier veneno. Un veneno que va matando, va matando.

Al escuchar esa frase, me dio escalofrío de nuevo. No sé por qué imaginé un arbusto al que se le arranca una hoja cada día hasta pelarlo. Después recordé la mirada de Pajarito y sentí la necesidad de colgarme de la ventana y mirar hacia adentro. En mi mente se sucedieron las imágenes de la sala con la vitrina, los frascos sobre la vitrina y los rollos de papel higiénico en la escasa estantería; después la misma sala sin vitrina y el ataúd rodeado de las ancianas rezanderas. Al recordar el rostro de Pajarito, sentado a un lado del ataúd, concluí que esa mirada no tenía el menor rastro de tristeza, ni de angustia, pero tampoco era una mirada feliz. Pajarito nunca ha tenido una mirada de alegría (al menos en el tiempo en que yo lo he observado, que son más de veinte años).

—¿Quién tiene diez centavos? —pregunté.

—Yo —respondió Panadero; a él le daban veinte centavos todos los días para llevar a la escuela y a veces ni se los gastaba.

—Vamos a comprar coco y velitas.

No sé por qué habíamos dejado de jugar sin darnos cuenta.

—Bueno, vamos.

Coky recogió la piedra con que jugaba. Él tenía una piedra planita, planita para jugar turrón y siempre la volvía a guardar. Panadero y yo cogíamos siempre la primera que encontrábamos en la calle. Tal vez por eso nos ganaba casi siempre, por su mística, por su devoción.

Cuando llegamos, la ventana estaba abierta y la tienda, a pesar de la remoción, lucía vetusta y estancada como siempre. Los únicos cambios eran la sensación de vacío aun mayor del aire de la casa y el olor de la esperma de los velones del velorio que salía por la ventana, mezclado con el olor a cosa muerta de siempre. Como Pajarito no estaba en la silla, Panadero se colgó de los barrotes y tocó con la

moneda en la madera de la ventana. El sonido se fue por el corredor hacia adentro y, seguro, dio vuelta en la cocina para salir al solar, donde se apagó, ya en las ramas del mango, ya en el aire interior de la manzana de casas. En ese recorrido Pajarito lo oyó y volvió a oírlo cuatro veces más porque se demoró tanto para salir que estuvimos a punto de irnos; pero por fin apareció de la luz del patio a la penumbra de la sala. Su escaso pelo crespo se veía más erizado que nunca, la frente y la testa brillaban más, los ojos parecían más abiertos y yo sentía que su mirada se había tornado ausente.

—¿Qué quieren?

—Tres velitas con coco.

— (...)

— (...)

—Son quince centavos.

Su voz, igualmente delgada, golpeaba en los oídos como si proviniera de un hombre con ira, la ira que produce el tener que abandonar la actividad que más nos gusta por algo baladí que no compensa tal sacrificio. Pagamos y nos fuimos.

—¿Vieron como estaba? —dijo Coky—. A lo mejor estaba haciendo alguna cosa rara.

A mí me impresionaron las circunstancias y los múltiples signos que pude captar en el ambiente. En cambio a Panadero nada lo inquietó; parecía seguir con nosotros porque era lo mismo eso que cualquier otra cosa, nuestra preocupación lo tenía sin cuidado. Muchas veces he pensado que mi afecto por él nacía de nuestras condiciones totalmente opuestas, como si en él buscara un complemento, una manera de desconfiar de mis más profundas convicciones.

—¿Saben qué? Subámonos al techo y nos asomamos por el solar a ver qué está haciendo — propuso Coky.

6

—Caminemos por los caños para no ir a quebrar tejas.

—Tenemos que hablar pasito cuando lleguemos porque o si no, nos pilla.

Siempre que nos subíamos a un tejado, el más temeroso era Panadero; caminaba tambaleando y, más por su inseguridad que por falta de equilibrio, caía casi constantemente. Una extraña mezcla de arrojo y cobardía totales, así era él. Coky, en cambio, iba firme a todas las cosas. Por mi parte, en ese momento tenía la respiración agitada, sentía los rápidos latidos de mi corazón y no pensaba más que en Pajarito. ¿Qué estaría haciendo, por qué le había molestado tanto que nosotros fuéramos a comprarle coco y velitas? ¿Qué se escondía detrás de su reacción airada? ¿Qué misterio guardaba la muerte de su esposa? Hoy, debo reconocerlo, no puedo responder ninguna de esas preguntas. Al contrario, una nueva

se ha sumado a ellas esta misma tarde. Son las once y cincuenta y cinco minutos de la noche del 19 de octubre de 1987; tras haberme acostado a las ocho, me desperté en medio de la pesadilla de la gruta y he decidido que sea ésta la última vez que me sucede; por eso me estoy vistiendo para ir, como de niño, al encuentro de una llamada irresistible, en la casa de Pajarito.

En el momento en que traspusimos el último tejado para llegar al muro del solar de Pajarito, el sol se estaba escondiendo allá en el fondo y contra las nubes había un resplandor que las hacía naranja. Coky saltó del muro al palo de mangos, yo —con temor— lo seguí y Panadero prefirió caminar por el muro hasta el fondo para bajarse por un adobe salido que había en la mitad. Hizo bien, porque de haber intentado el salto, hubiera caído gracias a su propio miedo. En el árbol encontramos una rama desde donde se veía, a través de una ventana y de la puerta, la cocina. En el fogón había una olla hirviendo y quién sabe qué tenía porque salía mucho humo. Después de eso estuve muy atento a las ollas sobre el fogón y ni el agua, ni los frijoles, ni la sopa, ni ningún alimento producía tanto vapor. Panadero corrió por el solar y se subió al árbol junto a nosotros. Estábamos callados, veíamos cómo el vapor subía en un chorro constante, sin producir ningún olor particular, o al menos ninguno que llegara hasta nosotros. De un momento a otro apareció él frente a la olla. Estaba sin camisa, sus músculos morenos se veían duros y fuertes bajo la piel. Para nosotros era un hombre grande y el ámbito enigmático de su presencia lo hacía mayor. Vimos cómo sometió su rostro al vapor, semejante a la mujer que atacada por el asma recibe infusiones de vaporub; vimos cómo dirigió su rostro hacia la claridad y extendió las manos, lentamente, mientras el sudor resbalaba por su piel, copioso en la frente, en el pecho, en las manos; vimos cómo entornaba los ojos hasta dejar una masa completamente blanca en las cuencas, y toda la ansiedad que hasta ese instante habíamos reprimido se convirtió en terror. No supimos cómo, ni de inmediato ni en el tiempo sucesivo, pero saltamos, corrimos, traspusimos tejados, terrazas y solares hasta vernos de nuevo en la calle, agitados, atónitos, aterrados.

7

Tras ese crepúsculo, mis amigos no volvieron a mencionar para nada el hecho. A mí me sorprendía ver cómo pasaban días, meses, años, sin que ocurriera nada, ni se dijera nada relacionado con Pajarito o con la muerte de su esposa. Su vida misma seguía igual, sin que se produjera ningún cambio en su físico, ni en sus costumbres, ni siquiera en la expresión de su rostro. ¿Cómo es posible que haya un hombre tan solo en el mundo y pueda vivir, y respire e inunde el aire con su presencia, sin que nadie lo advierta, sin que nadie se inquiete, sin que en nada altere el incesante movimiento de todas las cosas?

En las preguntas, en la contemplación y en las ocupaciones que la vida pone a nuestro encuentro crecí, alcancé la estatura de uno con ochenta a los diecisiete años, amé a una mujer con la profundidad que mi espíritu y mi cuerpo aunados alcanzan, concluí una carrera en la universidad y emprendí un oficio. Todo esto como si ninguna pregunta se fraguara sobre mi entendimiento, pero en el fondo y desde la distancia que ponen las actividades que hacen la vida, observé constantemente a Pajarito: vi crecer el vacío de su testa, vi encanecer los pocos pelos que le fueron quedando en la cabeza y todos los de sus cejas abundantes, vi aparecer las arrugas en su rostro y acaso a mi modo comprendí la secreta relación de su casa vetusta y su cuerpo, de su soledad y la compañía de mi pensamiento, de mi huera pesadilla en una gruta.

Hoy en la tarde lo vi. Casualmente pasé por el parque de Boston y allí estaba sentado al lado de su chaza. Por primera vez en todos mis años, descubrí una sensación de desamparo fugaz en su expresión y se desató en mí una andanada de recuerdos. En cierta forma había vivido toda mi historia ligado a él de un modo inconsciente y, de repente, por el poder de una visión veloz, todo se volcó a la conciencia, atropellando mi capacidad de juicio, la lógica de mis deducciones. Perdí el control total sobre las imágenes de mi recuerdo y éstas aparecían desordenadas y obsesivas en mi mente, hasta que, cansado, decidí dormirme a las ocho de la noche y en el sueño me azotó la pesadilla, su pesadilla. Ahora me he despertado, acabaré de vestirme, saldré del apartamento, caminaré hasta el parqueadero, tomaré el carro y recorreré la ciudad de occidente a oriente hasta llegar a su casa. Una vez allí, tocaré la puerta y le hablaré, le hablaré... No sé qué pueda pasar entonces.

1987-1988

UNA MUJER SUPLICANTE

1

A nuestras espaldas se oyó el clic clac de la llave sigilosa.

—¡Corran! —gritó alguien.

Una puerta se abrió y, tras su sonido, escuchamos el chapoteo del agua al golpear contra la acera, justo detrás de nuestros pies, que huían. Cuando nos dimos vuelta para mirar hacia atrás, sólo vimos el

vapor de agua que se levantaba desde el cemento. Detrás del vapor, una olla tambaleaba en una mano, mientras la otra mano iba hacia la chapa con la intención de volver a cerrar la puerta.

—¡Maldita vieja! —gritó uno de nosotros, antes de que la puerta se cerrara. En nuestras retinas quedó la imagen de un vestido largo, negro.

2

Teníamos un pacto secreto con Ella: nosotros jugábamos a establecernos en torno a su casa y Ella, cuando sentía el murmullo de nuestras conversaciones, ponía a hervir una olla de agua para tirárnosla. Después, nosotros nos apostábamos enfrente y tirábamos emplastos de barro y piedras contra la fachada de su casa. Ella medio abría uno de los postigos del ventanal, y gritaba:

—¡Ratas!

Pero nunca faltaba el proyectil que diera justo en el postigo, abriéndolo del todo y, mientras los demás hacían estragos en el interior, Ella tenía que arreglárselas para cerrarlo de nuevo. No obstante, seguía gritando:

—¡Bandidos!... ¡Carroña inmunda!... ¡Asquerosos!...

3

Desde siempre la habíamos visto con el mismo vestido negro, largo; con los zapatos de tela gris; con su pelo entrecano grueso, corto, flechado. Su presencia, por esa época, producía un extraño escozor en el cuerpo, por el color rojizo de su piel, por la desproporción de su nariz aguilena y porque siempre estaba descaspando en el cráneo, en el cuello y en los antebrazos. Sus movimientos eran rápidos y menudos como los de un roedor asustado.

Con su madre, viuda desde la lejana juventud, vivían en la penumbra del encierro, del que sólo salían para hacer algunas compras ocasionales o para la misa de seis en las mañanas. El Panadero aseguraba que la había visto a Ella caminar hasta el atrio de la iglesia, arrodillarse y, de rodillas, con las manos abiertas, dirigirse por la nave central hasta el altar, donde se prosternaba ante el señor, en una súplica excesiva y extraña.

4

Una mañana soleada de octubre, día abierto en medio de las lluvias, supimos que la madre, cuya voz desconocíamos, había muerto durante la noche.

—¡Qué bueno, Coky, vamos a conocer la casa por dentro! —me dijo Ómar y, tímidos, llegamos hasta el ataúd, caminando entre las piernas de los mayores, sin dejar de observar los rastros de nuestros proyectiles en las paredes. Contemplamos el cadáver apacible y, al salir, lancé una mirada hacia el taburete donde Ella estaba con las manos entrecruzadas sobre su eterno vestido negro y los ojos perdidos en ninguna parte.

Después del entierro me llamó aparte y me dijo:

—Vuelva cuando todos se hayan ido para que me ayude a coger un gato.

Cuando entré, en el aroma de las siemprevivas del velorio, comprendí que la casa había vuelto a la limpieza muerta de siempre: sentí el frío de las paredes en el tiempo y el olor a viejo, a humedad, de las sillas antiguas, de los escaparates de comino crespo con espejos en las puertas y de las colchas, bordadas por las manos de la soledad.

El gato estaba encerrado en la última pieza, comiéndose el trozo de carne que Ella le había puesto. Ahora que lo pienso con calma, o al menos con la calma que me permiten los extraños sucesos relacionados con Ella y en los que Ómar insistía obsesivamente, no puedo encontrar la razón por la cual yo le obedecía, sin atreverme a cuestionar sus órdenes, aun a pesar de intuir sus causas finales. Antes de entrar, Ella arrancó uno de los alambres del tendedero de ropa del solar, mientras me decía:

—Ese gato viene diario a robarse la carne.

Abrió la puerta para que yo entrara.

—Cójalo bien —ordenó—. Que no se le vaya a escapar.

Recuerdo la raya negra rodeada de amarillo y el brillo de los ojos felinos en la penumbra de ese cuarto.

—¿Ya lo tiene? —preguntó desde afuera.

—¡Sí!

Abrió la puerta para que yo saliera con el gato.

—Póngalo aquí —me dijo—, pero no lo vaya a soltar. Téngalo fino.

Mientras yo lo sostenía, Ella le puso el alambre alrededor del cuello. Yo aparté la mirada hacia el mango, pero como el gato se convulsionaba entre mis manos, gruñendo... maullando y arañando el suelo, cerré los ojos y apreté los dientes.

Lo enterramos ahí mismo, junto al brevo.

Como yo tiritaba de escalofrío cuando fuimos a lavarnos las manos con jabón y alcohol, Ella me decía:

—Tranquilo, niño... tranquilo, niño...

—¿Me regala un mango?

—Coja los que quiera, niño...

Ella se sentó en el mismo taburete donde había permanecido durante el velorio y del mismo modo, con las manos entrecruzadas, miró hacia el centro de la sala. Así la vi cuando venía del palo de mangos, pero ella no me miró, como tampoco lo haría después, en los años sucesivos.

6

—Lo mejor es que le peguen un tiro, para que ese pobre animalito no siga sufriendo —dijo un hombre serio, que no sacaba las manos de los bolsillos y que había llegado unos minutos antes y había visto cómo, inútilmente, le abrían el hocico (del que manaba abundante baba enrojecida) para echarle aceite. Antes habían conseguido que vomitara con una taza de claras de huevo.

—¡No faltaba más!... —respondió Susana, quien había asumido la responsabilidad de salvarle la vida—, yo he visto revivir con aceite a muchos perros.

—Es verdad —dijo otro hombre—. A ese perro ya no lo para nadie. Lo que le dieron fue vidrio molido, porque bota mucha sangre. Es mejor que lo acaben de matar.

—¡No!, si le dieron fue folícol —respondió Susana—. ¿Tienen ganas de rematarlo para sentirse compasivos? Mejor, quédense callados.

—Usted verá, señora... Martiricelo. Después de todo ¿qué importa si un perro sufre para morir?

—No es porque sea un perro —refutó Susana.

De nada valieron las discusiones ni los intentos por salvar al animal. Murió y nosotros conseguimos un costal para llevarlo al solar de Ita. Entre todos lo subimos al muro y lo lanzamos adentro. Al mediodía, ya habíamos abierto un hoyo y lo habíamos enterrado con costal y todo.

—Dentro de un año le sacamos los restos —dijo Panadero.

Tal vez no había pasado un año cuando, por casualidad, removimos esa tierra y encontramos los huesos húmedos, dispersos.

—Voy a guardar esta mandíbula —dijo Ómar—. Éste es un suceso extraordinario. Ustedes se van a dar cuenta dentro de muchos años. Esperen y verán...

—¡Qué va!... vos estás loco —increduló Guerrero.

No obstante, cada vez que un perro moría envenenado, Ómar insistía en sus misterios. De los catorce que alcanzamos a registrar, al único que enterramos fue a ése, el primero. Por los demás nos tuvieron que pagar para que los botáramos en la manga de La India, porque nadie quería hacerse cargo de ellos.

—No hay duda de que es Ella la que está matando los perros —afirmó alguien que la había visto antes de las seis de la mañana, arrastrando su vestido negro hacia la iglesia.

—Tenía la cabeza rapada —dijo—. Su nariz se veía más grande, su cara más roja. Tenía mirada de loca.

—¡Qué va! —nos decía Panadero—. Esa mujer es como un ángel. Ella no le puede hacer daño a nadie. Lo único que tiene es miedo. Por eso no sale a la calle, por eso no habla con nadie, porque tiene miedo. No deberían acusarla irresponsablemente.

7

Pasaron muchos años. Crecimos. La vida siguió, para cada uno, el curso que estaba dado. Los que eran ancianos entraron en la muerte y los adultos en la vejez. Ella envejeció y con Ella, su soledad se hizo más antigua y la expresión de su rostro más desamparada.

De pronto, una mañana, doña Odila pensó: “¿Por qué será que hace días no la vemos salir? ¿Le habrá pasado algo?” y le ordenó a uno de sus hijos que fuera a averiguar.

—Si no abre, tumba la puerta. El todo es que averigüe.

Como no respondía, forzaron la cerradura y, al abrir, los invadió un hedor terrible. Entraron. En la cocina había una olla requemada en el fogón encendido y en el suelo estaba Ella, o lo que había sido Ella. El cadáver profanado por las ratas.

Cuando supe la historia, sentí un inmenso dolor. Nunca pensé que llegaríamos a amar tanto a los seres de nuestra infancia. Vinieron entonces los recuerdos y la imagen del rostro de Ómar cuando nos decía: “¡Esperen y verán!”... Entonces sentí también miedo y empecé a hacerme preguntas: ¿Quién envenenaba a los perros? ¿Por qué Ella calentaba agua para tirarnos?... Fue así como recordé el episodio de la muerte del gato, que me une a Ella de un modo indigno y temible. Nunca le he comentado a nadie el más mínimo detalle asociado a esa tarde. Llevo en mí la terrible culpa... Que Dios me perdone, que Dios la perdone a Ella.

1983

Los ojos de Ella eran dos almendras; Él era espigado.

Ómar y yo los espíabamos desde el atardecer. Mucho antes de que Él llegara, nos íbamos a jugar bolas o, simplemente, nos sentábamos en el quicio de una puerta frente a la casa de Ella.

Se llamaba María Eugenia y sus labios eran hogueras encendidas.

—¡Es la mujer más hermosa del mundo! —juraba Ómar—. Cuando crezca, voy a estudiar y a conseguir plata para casarme con ella.

En el crepúsculo, antes de que cayera el manto de sombra, Él se bajaba del bus en la esquina: un pequeño salto, con el bus todavía en movimiento, y arqueaba la ceja derecha para saludar a Ómar, que era su amigo. Cruzaba la calle, dejándonos su fragancia de muchacho recién bañado con jabón de mujer. Lo admirábamos, no sólo porque la tenía a ella, sino porque era limpio y erguido. Cuando Él llegaba hasta la chambrana, ella ya había abierto la puerta y estiraba los brazos para recibirlo con un beso que, de algún modo, Ómar y yo sentíamos a través de Él. Con ellos juntos, los colores de las casas del barrio se hacían amables, las estrellas —que empezaban a salir— tenían un brillo más intenso y el aire reía. Ómar me señalaba el Pandeazúcar y sentíamos que, desde allí, la luna naciente nos hacía un guiño.

De Él, no supimos nada nunca, ni siquiera su nombre. Ómar era su amigo porque una vez, cada noche, Él le hacía un gesto para que Ómar fuera hasta la tienda a comprarle una caja de chicles, un cigarrillo y dos fósforos, pero nunca dijo su nombre y a nosotros acaso no nos importaba. Amábamos su manera de peinarse hacia atrás, sacando un mechón sobre la frente; amábamos la blancura de sus manos y de su rostro, siempre tan limpio. Conocíamos todas sus camisas de estilo clásico en dacrón y colores suaves. Tenía dos pares de zapatos y una colección de cinco pantalones, de esos que pensábamos que nunca podríamos comprar nosotros.

Cuando se acercaban las nueve de la noche y, gracias al silencio y a la oscuridad la calle se hacía más íntima, ellos se iban corriendo hasta la pared de la casa de enseguida, hacia el rincón menos visible de ese corredor, detrás de la chambrana de rejas plateadas. Sabían calcular perfectamente el tiempo, las distancias y el ritmo conjunto de sus movimientos. Allí, como dos expertos, sin que se pudiera notar nada desde afuera, ella disponía su cuerpo para recibirlo, y se amaban, mientras Ómar y yo, desde nuestro puesto de observación, comprendíamos —a nuestro modo— que el universo encontraba la armonía en sus criaturas y la vida bendecía uno de sus actos.

Tal vez dos años vivimos esa historia como si fuera nuestra. En esos años estudiamos segundo y tercero de primaria en la Boyacá. De pronto, desde cierta tarde de 1968 dejamos de verlos, sin saber que nunca más alimentarían nuestros sueños.

Al principio fue como si se hubieran ido de vacaciones, pero pasó demasiado tiempo sin que regresaran y, así como después de la lluvia se levanta un ligero vapor desde el pavimento tras la salida del sol, se fue levantando un rumor que llegó a los oídos del barrio: “Se volaron juntos”. Agotado ese

rumor, surgió otro: "Murieron en un accidente y nadie los pudo rescatar". También vino la leyenda: "Se fugaron y se suicidaron".

Dieciocho años después, el 23 de abril de 1986, el azar me llevó al Siete, vereda del municipio chocoano de El Carmen de Atrato, en los límites con Antioquia, sobre la cordillera occidental. Allí, un caserío bordea la aguas del río joven, a lo largo de un cañón donde las montañas, tupidas ya, se elevan en altos picos sucesivos, produciendo abajo una atmósfera de calor húmedo, semejante a la entraña misma de la tierra. El Atrato, a pesar de su juventud, se precipita en rápidos y da tumbos contra los peñones a lado y lado, llevándose consigo, a veces, grandes trozos de montaña y árboles. En una de sus curvas, se mete tanto en ella que, cree uno, quisiera atravesarla.

—Es la curva de los aburridos —nos dijo don Vicente Montoya.

—¿Cómo así?

—Así: ¡la curva de los aburridos! A la gente del pueblo le da miedo pasar por aquí en las noches, porque los aburridos espantan.

—Y ¿quiénes son los aburridos?

—Quiénes eran.

—Sí, ¿quiénes eran?

—Eran una parejita de pichones. Yo creo que Ella no tenía más de veinte años. Él era limpiquito, como ciertos muchachos de la ciudad. Trajeron morrales y carpa. Andaban tratando de meterse en la selva. Siempre estaban juntos, de la mano. Ella no le desprendía la mano. Yo he visto pájaros que vuelan pegados en el aire, amándose en el vuelo, pero siempre se sueltan, en algún punto los cuerpos toman distintas direcciones. Ellos no se despegaban. Daba gusto verlos... Pero un día, cuando ya nos habíamos acostumbrado a que eran uno solo y no dos, lo vimos a Él bajar solito hasta la curva. Yo pasé por la mañana, de ida, y estaba sobre una piedra, mirando al río. Pasé por la noche, de vuelta, y estaba en la misma piedra, mirando hacia el mismo recodo del río. Al día siguiente volvió y al siguiente también.

"¡El río lo está encantando!", se dijo en el pueblo y las gentes empezaron a temer.

Un día más y lo vieron tirarse. El río lo golpeó contra una piedra aquí, contra otra allí... y cuando se lanzaron a buscarlo, no pudieron encontrar ni siquiera el aroma de jabón que dejaba a su paso... Tres días después, apareció Ella. Preguntó por el lugar exacto desde donde Él se había tirado. Yo mismo la acompañé hasta la curva, y me hice delante de Ella para taparle el paso hacia el río. Le mostré la piedra en la que Él se había sentado. Miren, yo tengo cincuenta y ocho años, y en toda mi vida no he visto nada más lindo, pero tampoco nada más triste que sus ojos de nuez... Ella no dijo nada. Miró hacia el río, miró hacia la piedra. Parecía tranquila. Parecía no sufrir. Se me acercó un poco más. Sentí que las rodillas me temblaban con la proximidad de su aliento. Me corrió suavemente con su mano y se lanzó. Tras Ella me lancé yo y logré alcanzarla. Estaba viva cuando la llevamos a la escuela, sólo tenía algunos rasguños.

Recibió las atenciones, callada, y se quedó tranquila, con los ojos cerrados. Le hicieron preguntas, pero no contestaba. Parecía dormida.

Nos quedamos observándola durante mucho rato y su belleza nos infundió una falsa tranquilidad, porque cuando la dejamos sola, volvió a la curva y se lanzó.

Junio-agosto de 1988

LA MUJER DE TRAPOS

Puso el tabaco en el cenicero que tenía sobre el mostrador, tomó una canasta de pedidos y empezó a empacar con la serena actitud de todos sus movimientos, mientras seguía el hilo de la historia en voces y sonidos del dramatizado radial. Yo no estaba allí, pero sé que así lo hizo, porque los años habían convertido todo comportamiento suyo en un ritual que yo observaba y memorizaba meticulosamente, como si ambos supiéramos que él muy pronto se iría de viaje por las islas bienaventuradas, dejándome esos rituales como motivo de reflexión para cuando me estuviera buscando a mí mismo en la raíz.

Me llamó. Su grito salió por la ventana y llegó hasta el terraplén donde jugábamos bolas Coky, Ganzúa, La Cusca y yo.

—Hay que llevar esta parva donde doña Sofía —me dijo.

Entré en la casa, recibí la canasta, la llevé a mis hombros y salí.

—Son cincuenta pesos —me dijo.

El sueño de las canicas quedó en el terraplén, bajo el reino de la rivalidad de Cusca y Ganzúa.

Subí por la veintinueve y, mientras caminaba, entré en el universo interior donde el tiempo se detiene y la fuente de los pensamientos se rebosa como un manantial. Llegué al parque, pasé por la escuela y, al entrar en la cuadra del granero de doña Sofía, alcancé a la mujer de trapos. Llevaba la cabeza y el rostro cubiertos con una pañueleta verde, amarrada bajo el mentón. Enmarcado por la pañueleta, su rostro parecía la cara de una muñeca de artesanía, con los pómulos rosados y los ojos diminutos de mirada limpia, aunque completamente enajenada. Llevaba un vestido largo de medioluto, cuyos bordes se arrastraban al caminar; sobre este vestido tenía otro más corto, cubierto por un delantal, un saco ancho y un chal morado sobre el saco. Al caminar, balanceaba el cuerpo como si

trazara un círculo en el aire, tomando el tronco como eje y la cabeza como la punta del compás. Mientras tanto, iba diciendo un monólogo que a veces se volvía diálogo porque se preguntaba y se respondía:

—La Virgen me dijo: “Si Abigail se sienta en un rincón y no hace daños, me la llevo derecho para el cielo”. El Señor me dijo: “Abigail está llorando porque está triste”. ¿Por qué estás triste, Abigail?, estoy triste porque no le pude besar la mano a La Virgen, cuando se paró a mi lado con su vestidito azul y blanco. El Señor me dijo: “No llore, Abigail”. La Virgen me dijo: “Abigail viene derecho para el cielo”. Abigail está muy triste, ay... ay... ay...

Y lloraba. Un llanto hondo. Un gemido que se hacía largo. Yo me le adelanté, acaso para no escuchar ese gemido. Llegué hasta la ventana de doña Sofía. Llamé con un grito y, desde el fondo de la casa oscura, vi aparecer su pelo blanco, su rostro amable.

—Venga por la puerta —me dijo.

Abrió la puerta de la casa y entré. Las baldosas eran opacas, rojas y verdes como un tablero de ajedrez. El aire interior de la casa parecía intocado o quieto como el interior de una capilla en un convento casi por nadie visitada. Todo estaba limpio y ordenado y, en el fondo de la casa, caminaban otras dos ancianas: Isabel y Consuelo, hermanas de doña Sofía.

Doña Sofía me recibió la canasta y entró en el granero para empacar los panes, pandequesos y tostadas en frascos de boca grande y en los estantes de los mostradores.

De pronto se acercó el gemido, como si la mujer de trapos se hubiera parado en la puerta.

—¡Ay, ay... Abigail se va a morir porque no fue capaz de besar la mano de La Virgen!

Doña Sofía salió y abrió la puerta. Con muchísima delicadeza, la tomó del brazo y la entró. Yo me corrí hacia un lado. Ella la dejó caminar hasta el rincón de esa sala y volvió al granero. Yo no sabía que la mujer de trapos fuera la otra hermana de doña Sofía. Ella seguía llorando en el rincón, hasta que se quedó callada como si se hubiera dormido.

Doña Sofía me entregó dos billetes de veinte y uno de diez. Volví a la casa con la canasta vacía, entregué el dinero a mi padre y, antes de retornar al juego, mi padre me preguntó:

—¿Estaba muy triste doña Sofía?

—No, ¿por qué?

—Pues por la muerte de Abigail. Cuando usted salió de aquí, ella me llamó para avisarme que su hermana había muerto.

1990-1995

HUGO

Mi hermana me llamó para contarme que habían matado a Hugo, el hijo de Nubia y William. Decidí acompañarla y partimos hacia La Milagrosa.

Cuando pasamos por la estación de bomberos de El Salvador, sentí ese sobrecogimiento que se produce al volver al barrio después de tantos años, a las calles que guardan todos los recuerdos, a las casas y los colores de la infancia; a las mañanas, las tardes y las noches de la adolescencia; a la vida vivida mientras crecíamos y nos formábamos una idea del mundo, una conciencia propia.

Mientras subíamos por la calle cuarenta y cinco, la memoria visitaba sus viejos compartimientos borrosos, sin tomarse el trabajo de reproducir los recuerdos, ante la necesidad de pulsar las cuerdas de las sensaciones que se sucedieron, un instante detrás de otro, hasta construir esa cosa a la que llamamos vida y que ahora denominamos nuestro pasado.

Hugo nació cuando yo tenía cinco o seis años. Nubia y William vivían entonces, al frente, en la casa de Ramón Zapata. Era una tarde de verano. Se oyó un grito en la calle: “¡Nubia tuvo un niño!” y corrimos a conocerlo. Supongo que iba con Coky y Guerrero, que eran mis compañeros habituales en esa época.

La madre sonreía, pálida, bajo las sábanas. El niño estaba en la cuna, al lado derecho. Alguien lo sacó de allí y lo puso en la cama, junto a la madre, para cambiarlo. Cuando le quitaron el pañal, pensé que era demasiado barrigón y que tenía un ombligo muy grande. Más tarde, mientras crecía, nos dimos cuenta de que también tenía una gran cabeza.

Desde muy niño Hugo se pasaba el tiempo en la calle, entre nosotros y nuestros juegos. Se mantenía en camisa, sin calzones ni pantaloncillos, con la barrigota y el rabo pelados al aire, mocosos, y el ombligo como un volcán en medio.

—¡Hugo, la policía! —gritaba alguno, y lo veíamos entrar en la casa, corriendo despavorido.

—¡Hugo, la policía! —y en cuestión de segundos estaba ya en la última pieza, junto al solar, escondido debajo de la cama, temblando, acezando y bañado en sudor frío.

¿Por qué de dos, de tres, de cuatro, de cinco años... sentía Hugo tanto miedo de la policía? A veces estábamos jugando fútbol en la falda de la veintinueve, o bolas en el terraplén de alguna casa, o escondidijos en la noche, o vuelta a Colombia con tapas de gaseosa, o chucha, o estábamos ahí — simplemente— y, de repente, Hugo salía corriendo y entraba como un ciclón por la primera puerta que encontraba abierta. Entonces mirábamos hacia la esquina y por allí estaba cruzando una patrulla de la policía.

Llegamos a la casa donde lo estaban velando, en El Cambrai. El sencillo ataúd en la sala; la esposa de Hugo, embarazada, junto al ataúd y al lado de ella, Nubia, la madre.

—Bueno, y ahora ¿qué fue, pues? —le preguntamos a Nubia, mientras nos abrazábamos a ella.

—¡Que me lo mataron! ¡La policía me lo mató!

1996-2000

EL PUÑAL SEVILLANO

Una misma luna plateó las noches en que mi primo Eduardo y yo entramos en la gestación y en la existencia. Habían pasado cinco años cuando a él lo atropelló un carro al tratar de cruzar la calle, frente a la iglesia de Buenos Aires, para huir del vendedor de huevos a quien acababa de robarle.

—Eduardo, el de Joaquín, está en policlínica —dijo mi madre—. Se robó unos huevos y, al correr, se le atravesó a un carro.

En el momento en que ella trajo la noticia, yo estaba quebrando el queso para el pan de la mañana siguiente. Mientras levantaba la almadana, imaginé sus manos furtivas en la superficie de los huevos, sentí el nervio de su mirada de roedor, el temblor de sus piernas, la carrera y la estampida. Fue así como conocí el pavor y supe que la virtud de mis manos en el trabajo era un refugio contra la seducción de la muerte.

Sobraría decir que Eduardo y yo, ante los demás, crecimos por caminos opuestos. A menudo, mi madre me hacía una lista de sus descabros para que me sirvieran de escarmiento y así nunca abandonara el camino de lo que ella consideraba el bien. Del mismo modo, a él le ponían como ejemplo mi comportamiento para tratar de encauzarlo, de aliviar el peso que significaba para ellos su educación. No obstante, él y yo sentíamos en secreto que no había gran diferencia entre nosotros. Yo no me comportaba como él porque no lo quisiera, sino porque no era capaz. Todo movimiento que implicara riesgo me causaba horror, así como fastidio a Eduardo toda conducta aprobada. En el fondo crecía la mutua admiración. Teníamos la convicción de que uno haría por el otro lo que no estuviera en su naturaleza.

Era el mediodía de un sábado. Yo bajaba por el parque, frente a la escuela; venía de llevar el pedido de parva donde doña Sofía. El color del día era transparente gracias a la luz blanca del aire de La Milagrosa, que hacía del tiempo una cuerda suspendida. Traía conmigo la canasta vacía y el dinero. Un muchacho que estaba en la esquina de la funeraria, al verme venir, me salió al encuentro. Intuí en su mirada al asaltante y cambié el rumbo de inmediato. Decidí cruzar la calle hacia la acera de la escuela. Aprovechando la presencia de un carro que venía, corrí para anticiparme a su paso y alejarme. En el

momento de ganar la acera vi que Eduardo estaba en la esquina del lado de la iglesia y, en su presencia, me bañó un rayo de confianza. Volví a caminar tranquilo en tanto que de un lado cruzaba el asaltante hacia mí y del otro cruzaba Eduardo hacia él.

—¿Qué le ibas a hacer? —le preguntó en el momento en que nos encontramos los tres.

—¡Qué va! Vos por qué venís a defenderlo. ¡No te metás en lo que no te importa! —respondió el otro, que ya había sacado una navaja, mientras cruzaba la calle, y ahora trataba de esconderla entre su mano y sus ropas.

—Él es mi primo y lo que es con él es conmigo —dijo Eduardo.

El otro vio que también venía armado y se abrió hacia la calle en actitud defensiva. Eduardo saltó frente a él e iniciaron ese baile de movimientos y de miradas en el que la finta y el amague le quieren hacer creer al otro que la mano extendida en el cuchillo lleva un rumbo y, quien engaña es quien hiere. Hiende el metal la tela primero y después la carne templada; brotan al tiempo sangre y quejido, y adquiere la danza una atmósfera oscura porque es la muerte quien la preside ahora, si persiste. Esta vez no persistió. Apenas se vio herido, el asaltante se corrió, se hizo a un lado. Yo me acerqué para mirarlo. Tenía la camisa empapada en sangre en torno al ojal que la navaja había dejado en ella; tenía el rostro lívido, los brazos pálidos; temblaba; había pánico en su mirada que se había vuelto sobre sí, como si el temor de la muerte fuera el único pensamiento. Eduardo en cambio tenía una mirada de éxtasis, como quien conquista una meta después de una ardua concentración y el ego se le hincha de amor propio. Se alejó sin decirme nada, le vi guardar la navaja mientras se iba. Entonces seguí mi camino, dueño de una rara tranquilidad, como si el instinto ahogado en mí hubiera florecido en mi primo, y tanto lo admiré a él como me desprecié a mí. Pero aun así no envidié su suerte, más bien sentí tristeza ante la intuición de que sus años estaban contados: en su mirada confluían el asesino y la víctima.

Por eso cuando mi madre, años después, trajo la noticia: “Eduardo, el de Joaquín, tuvo que huir de la ciudad porque mató a un muchacho en La Toma y lo están buscando a él para matarlo”, no me sorprendí como los demás, sino que desde el silencio imaginé que se demoraría unos meses para regresar callado y tomar a su enemigo cuando éste menos lo esperara. Tal vez fue así y tal vez no. El hecho es que cuando reapareció, su enemigo ya había dejado de existir y su fama de malevo peligroso se había convertido en leyenda.

Habíamos cumplido dieciséis años cuando lo volví a ver. El afán de conocer a una mujer me llevó a su casa. Rodríguez, un compañero de la escuela, regó la noticia entre nosotros de que Dalia Rosa, cuyos ojos pardos iluminaban las colinas de La Milagrosa, se dejaba besar de cualquiera, y yo, que desconocía el sabor del beso y la proximidad del aliento femenino, corrí en su búsqueda. Más por ansiedad de lo desconocido que por la belleza de Dalia Rosa. La encontré en casa del tío Joaquín. Como era sábado, nos fueron dejando solos. De pronto, nos vimos en la sala, Eduardo, ella y yo. Él tenía esa noche la

obsesión de un disco de cuarenta y cinco revoluciones, que repetía una y otra vez en la radiola. A ella le gustaba o lo fingía. Se trataba de *El puñal sevillano*. Yo lo había oído antes en la cantina de Octavio, pero jamás había reparado en su letra hasta esa noche. El ritmo de paso doble se alargaba hasta que aparecía la voz de Alberto Gómez y se escuchaba la escasa letra: *Morena, me hirió de muerte/ con un puñal sevillano./ Escucha no llores/ y júrame por Dios/ que vas a matarlo/ al que me asesinó./ Bendita paloma mía,/ es favor que te pido:/ después de mi final/ procura vengarme/ con ese puñal...*

Eduardo adivinó mis intenciones y, para que armonizaran con las suyas, le pidió a ella que bailara conmigo. Ella accedió y yo advertí que lo hacía sólo por congraciarse con él.

Si no fuera por los hechos posteriores, que se volvieron sobre ese instante para convertirlo en pregunta, pensaría que ésa era una escena ridícula: Eduardo sentado en un rincón, escuchando la canción como si se tratara de la síntesis de su existencia y Dalia Rosa y yo bailándola por puro pretexto, yo para tratar de acercarme a su cuerpo y a sus labios y ella para satisfacerlo a él. Así entendí que no hay nada más desolador que el abrazo de una mujer que te desprecia. Si amaba a Eduardo, era lógico que me despreciara a mí, porque yo era el otro lado de su ser. En vano luché por alcanzar sus labios o el aliento de su cuerpo, ella trazaba un muro invisible entre los dos que me sumía en la indignidad, pues mi insistencia era humillante. Obviamente no pude soportarlo y salí de allí odiándome, buscando un lugar imposible para esconderme de mí mismo.

Me refugié en la virtud del trabajo y allí estaba rumiando la pregunta: ¿por qué, si decidí sepultar en la sombra todo lo que Eduardo representa, profeso tanta admiración por él y, en esa medida, odio todo lo que soy, lo que está en mi condición?

No habíamos cumplido dieciocho años todavía cuando:

—Eduardo, el de Joaquín, se enfrentó a una banda de malevos en Gerona y ya ha matado a cuatro de ellos; los otros tres juraron ante el cadáver del último que lo seguirían a donde fuera.

Algo en mi interior se rompió, como si de repente, en mitad de un sueño, lanzaras un pedazo de tu cuerpo al abismo, mientras el otro te parece despreciable además de ajeno. “Desaparecerá unos meses y los tomará, tras su regreso silencioso”, me dije, pero estaba equivocado:

—Parece que a Eduardo lo encontraron muerto en Cali. Es necesario que alguien acompañe a Sara, su hermana, para reconocerlo y traer el cadáver.

—Yo voy con ella —propuse—, siento que ése es mi deber.

Aunque era mi prima, yo había visto muy pocas veces a Sara. Ella era dos años menor que nosotros y había crecido casi al albedrío del azar porque desde muy temprano mostró una especial aversión al estudio y un desconsiderado afán por descubrir las gracias de la noche. Cuando nos encontramos en la terminal de transporte, venía con una mujer de piel canela y ojos pardos, cuya expresión cansada en el rostro, además del aire espeso de su mirada, hablaban de una vida intensa,

habituada a vivir amaneceres. Era Dalia Rosa. Por nuestra conversación durante el viaje de ida, supe que ella y Eduardo habían sido amantes, más por la insistencia de ella que por la voluntad de él, y que alguna vez había estado embarazada.

Llegamos con el alba y comimos empanadas con café en una tienducha frente a la morgue, mientras daban las ocho. Nuestra conversación rondaba todo el tiempo en torno a Eduardo. Mientras Sara se mantenía al borde del llanto, Dalia Rosa apretaba los dientes como quien, mientras piensa, urde terribles planes. Fue así como comprendí que el tamaño de su amor por Eduardo era el mismo que el del odio por sus asesinos.

Entramos en la morgue y, mientras Sara y yo nos ocupábamos del reconocimiento, Dalia Rosa se dedicó a preguntar por los objetos que él llevaba en el momento de su muerte: una tarjeta de identidad, una libreta de teléfonos, un pañuelo y unas monedas. Preguntando, preguntando... logró que le mostraran una bolsa plástica en la que guardaban el puñal que, al matarlo, le habían dejado clavado en el pecho y que, según dijo ella, era del propio Eduardo. Localizado el puñal, pareció tranquilizarse y se hizo a un lado. Mientras nosotros nos ocupábamos de los trámites necesarios para que nos entregaran el cadáver, ella permaneció al margen como si cumpliera una función independiente. Me extrañó que decidiera quedarse allí, en ese frío lugar, en vez de acompañarnos a nosotros durante los trámites funerarios.

—Ésta parece que hubiera venido con una idea fija —me dijo Sara, cuando escogíamos el ataúd en el que lo íbamos a enviar en avión, en tanto que nosotros regresaríamos en autobús.

—¿Cómo así?

—Es una mujer de ideas fijas. Cuando se propone algo, lo hace porque lo hace. No dice nada. Uno la ve reconcentrada como si algo único ocupara su mente. Ni siquiera descansa hasta no verlo realizado. Es una cananea.

—Bueno, ¿y qué podría estar tramando ahora?

—La venganza. Ella debe saber quién lo mató.

No puedo negar que me estremecí al oír la última frase de Sara. Su tono de voz era contundente. Intuí que más que dolor, sentía odio y que la gratificaba la idea de vengarse. En un gesto involuntario, mis ojos recorrieron su cuerpo, algo entrado en carnes a pesar de su juventud, y una ráfaga de calor recorrió el mío ante la reverberación del aire en torno a sus senos y a sus nalgas que templaban el bluyín hacia fuera.

Los hechos sucesivos obedecieron al orden natural, salvo tres detalles dignos de destacarse: uno, en mitad de la noche, cuando el bus en el que veníamos serpenteaba en la carretera, mientras casi todos los pasajeros dormían, Dalia Rosa me habló en tono familiar como si, muerto Eduardo, quisiera reconciliarse con el aspecto despreciable de él que ella veía en mí, y me habló para recordar la noche en

que habíamos sido uno con él al bailar *El puñal sevillano* y me repitió las sílabas de la letra como quien eleva una oración; dos, Sara —mi prima— recostó su cabeza en mi hombro durante todo el viaje como quien se abandona a la protección del ser amado y huye del mundo en un sueño plácido mientras éste gira y gira; y tres, al llegar, Dalia Rosa nos mostró el puñal y confesó haberlo robado de la morgue.

En adelante, di la espalda a los hechos porque me sentía incapaz de afrontar el curso que ya imaginaba o conocía. Dalia Rosa entró en la banda de los enemigos de Eduardo. Supimos que se había hecho amante de uno de los cabecillas y que éstos la exhibían como un trofeo.

Habían pasado seis meses después del entierro, cuando recibí una visita exclusiva de Sara, mi prima, quien estaba interesada en ponerme al tanto de todo aquello cuanto yo quería ignorar. El placer contenido con que iba tejiendo su relato, me confirmó que todo tenía sentido para ella si lograba ponerlo en mi conocimiento. Me sentí cómplice de una trama que me trascendía y en la que mi papel no podía ser otro que el tránsito de la oscuridad a la luz. Con vergüenza comprendí que no era más que un instrumento involuntario, un testigo indigno que cifra su mensaje en la apariencia falaz de una ficción. Uno a uno, los asesinos de Eduardo fueron apareciendo apuñalados en el amanecer de un lunes del segundo mes, un martes del cuarto, un miércoles del sexto... Ni los policías ni los miembros de la banda extinta, dieron con la sencilla clave que Sara y yo conocíamos: todos fueron objeto de la misma muerte.

1983-2000

EL INSTRUMENTO

“Ignoro lo que pueda depararme el destino cuando una mujer pone sus ojos en los míos”, pensé, después de que Ómar se alejó y me quedé con la sensación de haber ocupado un lugar necesario en la definición de su vida.

Antes, había recordado un programa de televisión visto en la infancia: en la pantalla aparece un grupo de chimpancés africanos; uno de ellos se separa de la manada, arranca un espartillo, lo introduce en la ranura de una roca y lo saca lleno de hormigas. Mientras el chimpancé pasa a un segundo plano, aparece la imagen de una rubia norteamericana que dice: “el uso del instrumento nos habla de una inteligencia capaz de recordar, planificar y ejecutar. En la alegría del mono mascando hormigas, brilla la satisfacción de un artista tras la realización de un plan exitoso”.

De Ómar, no recuerdo el primer apellido; el segundo puede ser Vivares. Cuando éramos niños, compartíamos algunos juegos, aunque desconocíamos el concepto de amistad. Nos reuníamos quizás por el tipo de comunicación que cada uno podía lograr con el otro. Era una suerte de comprensión de las cosas y afinidad con los fenómenos que nos permitía entender lo mismo, al mismo tiempo, sin necesidad de palabras.

Ómar siempre fue más alto y más grueso que yo; supongo que era mayor, pero me obedecía y me seguía en todo como si yo fuera su guía, su comprensión del mundo. Era tan ingenuo y transparente que, a menudo, lo juzgaba cretino. No obstante, algo me decía que no le faltaba inteligencia sino que tenía una naturaleza especial: era un espíritu sensible, dotado de una aguda capacidad para percibir lo extraordinario, pero ajeno casi a lo ordinario. Yo no lo buscaba, era él quien me acechaba, sobre todo cuando tenía una preocupación definida. Se obsesionaba de tal modo que invertía horas y días de minuciosa reflexión, sin obtener ninguna conclusión clara, ni nada que se pudiera compartir con los demás sin el riesgo de que lo tomaran por chiflado.

Ómar y yo vivíamos sus intuiciones como si estuviéramos ligados por un lazo más profundo que la amistad y que se hacía visible en el amor de alguna mujer.

A fines de 1985, un grupo de estudiantes se acercó a mi oficina con la intención de solicitar asesoría en su trabajo de grado; habían pensado realizar una investigación sobre el uso de los cuentos de hadas en la relación del fonoaudiólogo con sus pacientes.

—No sé nada de fonoaudiología —les respondí.

—No importa —dijo una de ellas—, queremos que usted nos guíe en el análisis. Sabemos que lleva muchos años estudiando los cuentos populares, las religiones primitivas y los mitos, y nos gusta su tesis de que el mejor instrumento educativo que ha inventado el hombre es el cuento.

Aunque comprendí que estaba frente a una mujer hábil e inteligente, capaz de utilizar la adulación como medio para obtener sus fines, cedí ante esa frase, destinada a quebrantar cualquier resistencia de parte mía. Obviamente, no era del todo falsa; tras ella, había un conocimiento previo de mis intereses y predilecciones que iba más allá del simple engaño utilitarista.

Sentí que quien la pronunciaba era la interesada en acercarse, e intuí que la tesis le servía como pretexto; ¿cuál era entonces la intención de aquel encuentro?

Era una mujer de veintitrés o veinticuatro años; el sucesivo mestizaje le había legado un cabello negro, unos ojos rasgados y una cara redonda de nariz afilada. Labios gruesos, perfectos, sensuales. Su figura me recordó vagamente a una muchacha escuálida que subía por la carrera veintinueve hacia el colegio de Las Mercedarias en La Milagrosa. Ella no ignoraba el poder de su belleza, ni el efecto que su mirada producía en la voluntad masculina.

No obstante algo me decía que entre nosotros no era posible el amor. ¿Por qué entonces destinaba su poder de seducción para distraerme de mis ocupaciones y concentrarme en las suyas?

Se llamaba Marisela; sus compañeras, aunque igualmente jóvenes y bellas, se me hacían invisibles a su lado; era hija o nieta de Hernando Elejalde Toro, quien había sido rector del Liceo Antioqueño y en cuyo honor le habían dado el nombre a la biblioteca de la institución. Como aprendí a amar los libros en esa biblioteca, acepté dirigir la tesis y, además, me sentí honrado.

Iniciamos el trabajo, guiados por el postulado de que los mitos, los cuentos, las religiones y las concepciones filosóficas provienen de la misma fuente: la pregunta esencial por el origen.

—Los cuentos populares son la nemotecnia de la sabiduría humana —les dije—. El sentido de la vida, aunque es un asunto individual, está cifrado en los cuentos de hadas. Lo demás son las opiniones, que cambian con las épocas. Los cuentos son inmutables en su río de transformaciones, siempre semejantes a la naturaleza del ser.

“En caso de que no lo entiendan —pensé—, el hecho de intentar un trabajo de grado con la idea de usar el cuento para mejorar los problemas de dicción, articulación o afasia de los niños, muestra que ya lo han comprendido de un modo más útil que por la razón misma”.

Fijamos una rutina de trabajo y un horario semanal. Les propuse la bibliografía básica inicial y un derrotero.

Cuando salieron, en vez de continuar con la lectura del episodio de Calipso en la *Odisea*, me dediqué a descifrar los ademanes, gestos, actitud y mirada de Marisela:

“El tema de la tesis es irrelevante —pensé—. El grupo obedece las intenciones de Marisela, pero aun ella misma las ignora. Si mi especialidad hubiese sido otra, por ejemplo la incidencia de las patologías auditivas infantiles en la adquisición del lenguaje, hubieran escogido un tema afín, para proponerme como director”.

“Esta muchacha podría llevarme por el sendero más equívoco, a mi pesar, sin que mi voluntad opusiera resistencia —concluí—. Sin embargo no es a mí a quien quiere; su mirada pide y ofrece, pero no me desea de verdad. Lo más terrible de todo es que quiere lo que pide y está dispuesta a dar lo que ofrece. Ante ella, estoy perdido”.

Fortalecido por esas conjeturas, logré mantener la distancia prudencial con el grupo y, de algún modo, neutralizar el juego de Marisela que, con las semanas, se fue debilitando hasta desaparecer. Fue así como conseguimos que el trabajo avanzara. Nos reuníamos una vez por semana, asignábamos una serie de tareas individuales, discutíamos sobre las lecturas, corregíamos las notas ocasionales. Con la rutina de los días llegó el olvido y con el olvido cayó la guardia.

Ignoro cuántos meses habían pasado. Sé que nuestro progreso era ya satisfactorio porque hablábamos un lenguaje común y nos movíamos en el territorio de los mismos conceptos. Nada hay tan

placentero para un pobre profesor como la ilusión de que unos pocos términos, definidos por la jerga de una elite, sean conocimiento. Así que un viernes me descubrí emocionado, entregando mi número telefónico al grupo:

—Si lo desean —les dije—, pueden llamarme en cualquier momento.

Creo que la idea de propagar la lectura de los cuentos populares no sólo como instrumentos de solaz y juego, sino como auxiliares terapéuticos, había conseguido alienarme, aunque en el fondo supiera que se trataba de una falacia.

Un día recibí la llamada de una de ellas para resolver alguna duda momentánea; otro día, la de otra; y otro, quizá, la de Marisela, sin que, ingenuo, advirtiera en ella intencionalidad alguna. Para mí, eran un grupo de estudiantes con quienes vivía la inocente alegría de componer una tesis sobre el único tema que por entonces me hacía olvidarlo todo.

Un sábado a las ocho de la noche, abrí la puerta de mi apartamento en el barrio La Milagrosa. La mujer que entraba sabía qué iba a suceder allí durante las pocas horas que teníamos para compartir. Mi vanidad también lo sabía, pero juro que ni ella ni yo conocíamos el verdadero sentido de nuestros actos y que, incautos en la creencia de que usábamos nuestro libre albedrío, éramos objeto del gran tejido universal.

Destapé unas botellas de vino, y tal vez hablamos de asuntos importantes para cada uno, mientras se desarrollaba el juego de seducción que iniciamos y que ya estaba decidido. No mentíamos, pero nuestros actos no eran motivados por el amor que, en su ansiedad, reúne los cuerpos que anhelan fundirse, hacerse uno. No, asistíamos al teatro. Éramos los actores que quieren asimilarse al personaje que representan hasta confundirse con él, hasta ser él; pero éramos actores. Quienes aman de verdad entienden el dolor que encierra esta confesión. En algún momento me preguntó por Ómar. Le conté lo poco que sabía de él.

—Él es muy tímido, ¿no cierto?

—Sí, demasiado.

—Él nunca se atrevería a hablarme.

Y dejó caer una frase como quien reúne una serie de fonemas sin más: “Si se me acercara, yo podría amarlo con toda mi alma”.

En el momento en que esto sucedió, mi atención consciente estaba puesta en otros asuntos muy ajenos y el diálogo pasó inadvertido para mí. Supongo que para ella también.

En la mañana nos despedimos con la certeza de que nunca más volveríamos a vernos en la misma situación, y asumió cada uno su lugar, como quien borra de su vida un momento para no mortificarse con su recuerdo.

Tiempo después Ómar me localizó. Quería hablarme de Pajarito; me relató un encuentro casual con él en el parque de Boston y quiso saber mi opinión. No sólo ignoré su historia y le negué mi opinión, sino que le hablé de Marisela:

—Esa es la mujer de tu vida —le dije—. Yo sé que está enamorada de vos.

En nuestra conversación pude establecer que la razón por la que él no le había hablado era porque consideraba, a priori, que ella nunca se fijaría en un tipo como él.

Ahí quedó todo. La tesis concluyó y las fonoaudiólogas se graduaron.

Un día casual me encontré con Ómar. Me contó que él y Marisela llevaban varios meses de novios y tenían planeado casarse.

Pasaron diez años más hasta la mañana en que me lo encontré de nuevo y le pregunté por su vida.

—Me casé con Marisela hace más de nueve años. Tenemos una hija de siete. Somos felices.

Sentí una súbita alegría. Recordé el programa de televisión que veía en la infancia y, mientras Ómar se alejaba, pensé, no en la rubia norteamericana ni en el chimpancé que se separaba de la manada, sino en el espartillo, en sus manos, tembloroso.

1999-2001

HUESOS

No recuerdo en qué momento le prometí a mamá que cuidaría sus huesos. Ella no soportaba la idea de la cremación y, para que pudiera vivir y morir tranquila, tuve que hacerle varias veces la misma promesa: yo me encargaría de su cadáver y de sus huesos; debería dejarlos en la cripta de La Milagrosa, junto a nuestros otros muertos, y por ningún motivo podía permitir que la sepultaran bajo tierra; a como diera lugar tenía que conseguirle una bóveda. Ese pacto le dio tranquilidad durante sus últimos años.

Hubo también un momento de mi vida en que me enamoré de una muchacha, de un modo tan profundo que todos mis sentidos se vieron anegados hasta el punto de que, en un raptó de inspiración, escribí este poema:

Reunión

Mis huesos quieren

encontrar los tuyos

suavemente.

Mi imaginación había volado hasta un paraje del tiempo, más allá de nuestras vidas, y había logrado concebir la idea del polvo de nuestros huesos, mezclándose. En ese tiempo no sabía que el amor era como la cáscara de un huevo de canaria.

Cuando mamá y yo sacamos los restos de mi padre, no tuve el valor de cargar el cofre con mis propias manos y me quedé en casa, meditando sobre lo que realmente somos, mientras Ella los llevaba a su última morada. Lo del amor que me llevó a escribir esos versos, fue mucho tiempo después.

Los dos hechos que han marcado el curso de mis días de un modo definitivo han sido el amor por mi madre y la idea de la muerte. Desde muy niño estoy pensando en la muerte. Al principio la veía como algo natural, como si se dijera: "si está vivo, muere". Era un asunto de simple lógica, pero algo me quedaba, en el fondo, sin respuesta; quizá por eso siempre estaba tan atento a los moribundos.

Cuando mi hermano Rafael iba a morir, estuve a su lado día tras día; nos enfrascamos en una batalla de ajedrez tan intensa que a los dos nos hizo olvidar, por instantes, de la muerte.

Cuando intuí que a Petróleo lo iban a matar, imaginé sus pasos durante el último día de su vida, minuto a minuto, tratando de comprender sus sentimientos y buscando en su alma la respuesta a la pregunta que no sé resolver en mí.

Cuando escribo, pido a las ficciones que busquen las respuestas a las mismas preguntas sobre el amor y la muerte, pero sé que no hay respuesta porque la vida es como el huevo de la canaria dentro de la cáscara.

Mi madre vivió una vida larga y dulce a pesar de las grandes dificultades que tuvo desde niña o tal vez precisamente por ellas. Cuando iba a morir, nos contó que el Sagrado Corazón de Jesús había venido por Ella y, para llegar hasta su cama, había atravesado el vidrio de la ventana. Ella narró el asunto como si fuera un hecho, nosotros lo juzgamos un sueño. Pero sin importar lo que haya sido, a mí me sirvió para comprender que ya había cumplido su tiempo.

Aunque a sus ochenta años ya había vivido todo lo que a Ella le fue dado vivir, aún conservaba ese terrible miedo a la muerte que le impedía entregarse al sueño para no abandonar la existencia. No sé cómo hice acopio de valor y me acerqué a su oído para pedirle que se fuera tranquila y que se acordara de que ahí estaba yo para cuidar sus huesos. Al día siguiente vino el alba y Ella se fue. En el momento en que llegamos para despedirla, todavía temblaba uno de sus dedos.

Como en el cementerio de San Pedro no había lugares disponibles, me vi obligado a consultar entre las personas cercanas hasta encontrar una bóveda en alquiler, ubicada en el mausoleo particular de una familia desconocida. Así empezó el cumplimiento de nuestro pacto.

Durante los años sucesivos procuramos, mis hermanas y yo, visitar el mausoleo para renovar las flores en las mañanas del domingo. Cuando entrábamos allí, mientras duraba el combate con los

mosquitos —pegajosos y tercos— volvía el motivo de meditación: ¿qué clase de mujer fue mi madre que se dio al amor de mi padre, un hombre que las tenía a todas ellas en el alma?

En el fondo de una pregunta como ésta se oculta el deseo de saber por qué somos como somos y acaso la ilusión de cambiar esa circunstancia. Fue entonces cuando empecé a tejer el sueño de reunirlos a ellos del modo que antes había imaginado para mí. Los tres versos breves del poema volvieron a mi memoria con inusitada insistencia y me envolvió el regocijo de quienes cumplen una misión especial.

Llegado el cuarto año después del entierro fui a la iglesia para prepararlo todo: revisé cuidadosamente los libros de registro de propiedad de los osarios, compré uno para destinarlo a la reunión y busqué la ubicación de cada uno de nuestros muertos en la cripta, que de un salón amplio y luminoso había pasado a ser un lugar lúgubre y oscuro, atiborrado de pabellones en forma de laberinto. Logré ubicarlos a todos, excepto a mi padre y al tío Toño: las abuelas, las tías, los tíos y algunos de los primos que emprendieron el viaje temprano. En una de las lápidas, el nombre de Rafael aparecía junto al nombre del tío Lucas; como a mis hermanas no les había gustado la idea de que mi madre los mezclara, supuse que, en vez de mi hermano, quien debería estar allí era mi padre, así que llegué a un acuerdo con el sepulturero: destaparíamos ese osario y tomaríamos de allí los huesos de mi padre para mezclarlos con los de mi madre. ¿Hasta qué punto metemos a los seres queridos en la camisa de fuerza de nuestros sueños? Ordené después una lápida con los nombres de ambos y en todo el centro hice grabar los caracteres del poema. No sé si ésta era una conducta propia de la naturaleza del pacto que habíamos hecho mi madre y yo o si era el producto de mis ideales particulares de reunirlos a ellos del modo que anhelaría para mí. Algunas veces conjeturé que podría ser también un modo de aceptar la muerte, de prepararme para ella, y no por casualidad recordé que fue la misma muchacha que me inspiró los versos quien me dijo en cierta ocasión que ella no tenía miedo de morir, cuando a mí sólo el amor me aliviaba esa pena.

Cumplidos los plazos y las diligencias, llegamos al cementerio, unidos por la solemnidad de un compromiso sagrado. Algo en mí me imponía la necesidad de ver la posición exacta de los huesos dentro del ataúd, para eliminar la ansiedad producida por el temor de que el movimiento del dedo índice en el instante de la muerte no fuera un acto reflejo. Era un sufrimiento que había padecido en secreto y que sólo se había atenuado por la convicción de que era natural que yo lo juzgara un signo de vida porque, aún allí, guardamos la esperanza de que la vida siga. Y, en efecto, los únicos movimientos que se habían registrado dentro del féretro fueron los ocasionados por la descomposición natural y el tiempo: algo habían crecido el pelo y las uñas, la mandíbula había caído sobre el esternón y las vértebras cervicales, por efecto de la gravedad, tras la desaparición de las carnes. Salvo una de mis hermanas, que gritaba a mi lado, todos los demás guardábamos un silencio religioso mientras el empleado separaba los huesos

de las ropas para ponerlos en la bolsa. Concluída la exhumación, tuvimos un almuerzo ritual en casa de nuestra hermana mayor y en la tarde llevamos el cúmulo de huesos a la iglesia de La Milagrosa.

Cuando destapamos el osario del tío Lucas, por primera vez tuve el valor de tomar los huesos con mis manos, pero allí sólo estaban los fémures largos de Rafael y su cráneo joven, en el que se podía reconstruir la imagen de su rostro hasta recordar su mirada digna en el fervor de nuestras batallas finales. Obviamente tuvimos que dejar las cosas como estaban y, después de una nueva búsqueda infructuosa, ubicamos a mamá sola en el osario que anuncia su nombre junto al nombre de mi padre, sobre el poema que sigue siendo una mentira porque promete una reunión que no tuvo lugar.

El pacto con mi madre está cumplido, vano era mi anhelo.

Luilli

2000